

Cuentos selectos

Emilia Pardo Bazán




TABARCA
L I B R E S

Cuentos Selectos

Emilia Pardo Bazán

Edición a cargo de Emilio Sales Dasí y Juan Carlos Pantoja Rivero



© ES PROPIEDAD

De esta edición: Tabarca Llibres, 2020

Avda. Ausiàs March, 184 - 46024 València

Telf. 963186007

www.tabarcallibres.com

info@tabarcallibres.com

© del estudio y la guía de lectura

Emilio Sales Dasí y Juan Carlos Pantoja Rivero

Diseño interior: Equipo Tabarca

Edición: Equipo Tabarca

Diseño e ilustración cubierta: Alberto Sales Benet.

I.S.B.N.: 978-84-8025-513-4

Depósito legal: V-415-2021

Impresión: Gráficas Leitzarán

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Índice

INTRODUCCIÓN	6
La condesa indómita	6
Emilila Pardo Bazán, más allá de la novela	11
Esta edición	17
ANTOLOGÍA	19
El indulto	20
El encaje roto	28
El palacio frío	32
El mandil de cuero	36
La guija	40
La puñalada	42
El templo	47
El aljófara	51
La armadura	57
El xeste	62
El gemelo	68
El revólver	72
La mosca verde	76
La resucitada	80
Bajo la losa	84
La cita	88
El puño	92
El legajo	98
So tierra	103
ACTIVIDADES: Mi diálogo literario con los cuentos	110
Estudio de la obra	111
Educación en valores	113
A manera de síntesis	116
LOS AUTORES	119

INTRODUCCIÓN

LA CONDESA INDÓMITA

Apenas empezada la segunda mitad del siglo XIX, en La Coruña, José Pardo Bazán y Amalia de la Rúa se convertían en padres de una niña que, con el paso del tiempo, iba a convertirse en extraordinaria escritora, pero, sobre todo, en un auténtico personaje irrepetible, de esos que, de vez en cuando, se asoman a la historia para dejar testimonio de su excepcionalidad. Al haber nacido en el seno de una familia acomodada y culta, Emilia pudo haberse conformado con los privilegios que le brindaba su posición para transformarse en una de tantas damas sofisticadas de la época y gozar de una vida social plena. De hecho, se casó muy joven, con dieciséis años, y tuvo tres hijos. Sin embargo, había en ella motivos que le impulsaron a ampliar sus horizontes más allá de su papel de esposa y madre. Era una mujer demasiado inquieta. Tanto que, algunos episodios de su existencia permiten reconocerle una vocación novelesca, como cuando acompañó a su esposo hasta Inglaterra para comprar armas para las tropas carlistas.

Aficionada al estudio y lectora asidua de los grandes clásicos (ella misma confesó: «Yo no recuerdo haber pasado en mi vida un día sin leer»), quedó seducida por la literatura. Además, cuando su padre fue elegido diputado y la familia trasladó su residencia a Madrid, el contacto directo con el ambiente cultural de la capital acrecentó una aspiración que vendría a materializarse tras conocer otros países europeos como Francia, Italia y Suiza. Curiosamente, la Emilia Pardo Bazán que figura en los manuales como destacada narradora, se abrió paso en los territorios de la creación con un diario de viajes y un poemario titulado *Jaime*. No obstante, sus conocimientos idiomáticos le facilitaron el acceso, en especial, a la novelística francesa contemporánea, lo que, junto al reconocimiento del rol primordial que desempeñaba el género, orientó decisivamente su labor literaria. Se estrenó en la narrativa con el relato *Pascual López* (1879) y poco después, en el prólogo de *Un viaje de novios* (1881), dejaba testimonio de la importancia que le concedía al movimiento literario capitaneado por Émile Zola a la hora de renovar la novela. Y volvió a demostrar su interés hacia dicha materia en una serie de artículos que, primero, fueron apareciendo en *La Época*, y luego se publicaron como un libro prologado por Leopoldo Alas, Clarín. Pese a no asumir muchos de los postulados del materialismo naturalista, porque entraban

en conflicto con su pensamiento católico¹, las opiniones vertidas en *La cuestión palpitante* (1883) desataron la polémica, e incluso el escándalo, en sectores conservadores: una mujer que, supuestamente, defendía un movimiento pecaminoso. Ni tan siquiera su marido la apoyó cuando caían las críticas sobre ella, de modo que el matrimonio naufragó y se consumó la separación amistosa de los cónyuges.



Retrato de la escritora realizado por el pintor gallego Joaquín Vaamonde Cornide, artista immortalizado por doña Emilia como protagonista de su novela *La quimera*.

La escritora no iba, ni mucho menos, a amilanarse por ello. Sabía muy bien que pisaba un terreno muy inestable, que vivía en una sociedad donde dominaba la mentalidad patriarcal. Sin ir más lejos, en una carta dirigida a *Clarín*, don Benito Pérez Galdós (el 24 de junio de 1885) se refería a ella en estos términos: «De esta señora le diré a V. que tiene el inconveniente de ser mujer, y de perder por la mucha sabiduría, el encanto propio de la mujer. La he tratado bastante en los últimos días que estuvo aquí, y es realmente instruidísima y tiene mucho talento»². En efecto, ese talento y su poderoso individualismo fueron instrumentos que lle-

- 1 Hubo en su época quien calificó su naturalismo como «aristocrático». La escritora había seguido las pautas del método francés, pero les había insuflado «las virtudes del noble linaje, [de su tradicionalismo espiritual]» (Ángel Canga-Argüelles, «Doña Emilia Pardo Bazán», *La Ilustración Española y Americana*, 22-6-1916).
- 2 J. Rubio Jiménez y A. E. Smith, «Sesenta y seis cartas de Galdós a Clarín», *Anales Galdosianos*, 40-41 (2005-2006), pp. 87-197 [p. 148].

varon a Emilia a escribir su novela más celebrada: *Los pazos de Ulloa* (1886), pero también su continuación: *La Madre Naturaleza* (1887) y otras tantas, entre las que cabe destacar, por ejemplo, *La tribuna* (1883), *Insolación* (1889) o *La quimera* (1905). Aun así, su fervor intelectual no quedaba satisfecho y pudo dirigirse hacia empresas paralelas a la de la literatura, tornándose por igual reivindicativa, docente, divulgativa y erudita.

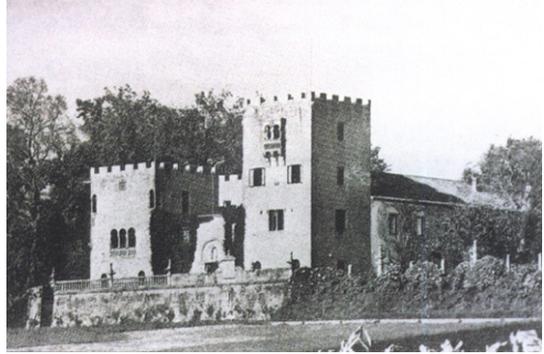


En octubre de 1907, apareció en la revista bonaerense *Caras y Caretas* el artículo «Mis retratos y mis caricaturas», donde Emilia Pardo Bazán escribía sobre el gran número de caricaturas, en número de cien, que sobre ella se publicaron en la prensa periódica de su época. A la izquierda, la realizada por Tomás Leal da Câmara (*Madrid Cómic*, 17-2-1900); a la derecha, la de Bagaría (*Nuevo Mundo*, 10-11-16).

Además de colaborar en la prensa, como fue práctica habitual en muchos escritores de la época, a la muerte de su padre, aprovechó el dinero recibido en herencia para lanzar la revista *Nuevo Teatro Crítico* (1891), de la que ella era su única redactora. Asimismo, se empeñó en dirigir su propia colección editorial: la Biblioteca de la Mujer (1892), pensado sobre todo en un destinatario femenino. Y es que con justeza se la puede considerar precursora del feminismo, hasta el punto de que ella misma se declaró «una radical feminista; creo que todos los derechos que tiene el hombre, debe tenerlos la mujer»³. Es más, para la escritora, existía una relación directa entre los derechos y privilegios concedidos a la mujer y el nivel cultural de las naciones. En el Congreso Pedagógico al que asistió en Madrid, en 1892, insistía en la idea de que la diferencia entre los sexos no

3 El Caballero Audaz, «Nuestras visitas: La condesa de Pardo Bazán», *La Esfera*, 14-2-1914.

obedecía tanto a una disparidad de capacidades naturales opuestas, sino a circunstancias históricas, por lo que lamentaba que en la centuria en la que le tocó vivir se siguiera potenciando la diferencia de género⁴. Había que luchar, pues, por el derecho a la educación de las mujeres.



En los últimos años del siglo XIX la propia escritora mandó construir las famosas Torres de Meirás, sobre una antigua fortificación medieval recibida en herencia. Aquí pasaba varios meses al año. Con el tiempo, este pazo fue residencia estival del general Francisco Franco.

Al enjuiciar su aportación primordial a la causa feminista, la condesa se complacía de la dimensión especular de su biografía: «dando el ejemplo de hacer todo aquello que puedo, de lo que está prohibido a la mujer»⁵. Esto es, en una inaudita afirmación de libertad individual, trató de abrirse puertas en un mundo vedado a las de su sexo, rivalizando con los hombres en aquellas metas a las que daban acceso los méritos personales y no la identidad de género. Si su nombre ha pasado a la historia como el de la primera mujer en impartir una conferencia en la universidad parisina de la Sorbona, ofició como distinguida oradora en el Ateneo de Madrid para hablar de la literatura rusa (*La revolución y la novela en Rusia*, 1887). Unos años más tarde, en 1905, se convertiría en la primera socia de número de dicha institución, llegando a presidir su sección de Literatura. Ya en 1916, el ministro de Instrucción Pública le otorgaría la condición de catedrático de Literatura y Lenguas Neolatinas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Solo la Academia Española le negó la posibilidad de ocupar uno de sus prestigiosos sillones, pese a haber presentado en tres ocasiones su candidatura. Las aspiraciones de la escritora causaron en su época un natural revuelo, seguramente porque la intelectualidad española compartía

4 Ana Peñas Ruiz, «Emilia Pardo Bazán: Cartografías en torno a la mujer», *La Tribuna: cuadernos de estudios da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, 6 (2008), pp. 145-172 [p. 155].

5 El Caballero Audaz, op. cit.

idénticos prejuicios a los existentes en su entorno social. Frente a ellos, doña Emilia se rebeló con singular denuedo.

Mujer de gran temperamento, su compleja personalidad no encajaba en las etiquetas simplificadoras. Si su ideario político era monárquico, tendía al liberalismo conservador y hubo un tiempo que sintonizó con el carlismo, no por ello dejó de demostrar su sensibilidad en el análisis de ambientes proletarios. Pese a que le concedía a la aristocracia un papel fundamental en la vertebración de la sociedad, no se resistió a criticar a esta clase por haber dimitido de su función ejemplarizante⁶. Aunque sus convicciones religiosas fueron muy firmes, no le impidieron tampoco hablar en defensa de la mujer, expresarse libremente sobre cualquier asunto o saltar sobre los convencionalismos sociales y las normas morales en su vida privada. Extremadamente apasionadas resultan las cartas que le escribió a Pérez Galdós⁷, con quien mantuvo una relación sentimental, del mismo modo que la había mantenido con José Lázaro Galdiano y, muy posiblemente, también con Blasco Ibáñez. Quizá la reivindicación amorosa fue una faceta más de la declarada libertad de una escritora dispuesta no solo a polemizar, sino, sobre todo, a hacerse un hueco en un mundo capitalizado por los hombres.



Merced a su amistad con Vicente Blasco Ibáñez, la escritora visitó Valencia en septiembre de 1899 y a finales de diciembre del mismo año. En la imagen la vemos saliendo de la cartuja-sanatorio de Porta-Coeli.

- 6 X. R. Barreiro Fernández, «Emilia Pardo Bazán en su tiempo histórico», en *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán: actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, coord. por Ana M^a Freire López, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, pp. 13-38 [p. 16].
- 7 Emilia Pardo Bazán, «*Miquiño mío*». *Cartas a Galdós*, ed. de I. Parreño y J. M. Hernández, Madrid, Turner, 2020.

EMILIA PARDO BAZÁN, MÁS ALLÁ DE LA NOVELA

Doña Emilia es conocida y celebrada, principalmente, por su producción novelesca, en la línea del Naturalismo importado de Francia y que ella defendió y glosó, como acabamos de comentar, en su ensayo *La cuestión palpitante* (1883). Sin embargo, es interesante destacar que el Naturalismo de nuestra autora es más una cuestión estética que ideológica, si tenemos en cuenta el contraste entre su catolicismo ortodoxo y las ideas básicas del Naturalismo, ligadas al nihilismo y al determinismo desde una perspectiva abiertamente atea o, al menos, irreligiosa. Así lo entendió el impulsor del movimiento naturalista, el novelista francés Émile Zola, tras leer *La cuestión palpitante*, en una conversación con el periodista Rodrigo Soriano: «pero no puedo ocultar que me extraña una cosa, y es que la señora Pardo Bazán sea católica convencida, batalladora y al mismo tiempo naturalista. Me han dicho algunos que ese naturalismo es puramente formal, artístico o literario»⁸. En esta línea, y para entender mejor los planteamientos estéticos de la autora, son muy interesantes las palabras que ella misma escribe en el prólogo a la primera edición de su colección de cuentos *La dama joven*, en 1885:

Presiento y adivino lo que de este libro dirán críticos y lectores: que hay en él páginas acentuadamente naturalistas, al lado de otras saturadas de idealismo romántico. Yo sé que todas son *verdad*, con la diferencia de darse en la esfera práctica, que llamamos de los hechos, o en otra no menos real, la del alma. Vida es la vida orgánica, y también la psíquica, y tan cierta la impresión que me produce un Nazareno o una Virgen, como los crudos detalles de *La Tribuna*, o las rusticidades de *Bucólica*. Reclamo todo para el arte, pido que no se desmiembre su vasto reino, que no se mutilen su cuerpo sagrado, que sea lícito pintar la materia, la tierra y el cielo⁹.

En definitiva, un eclecticismo literario en el que lo importante no es tanto uno u otro aspecto ideológico, sino la esencia pura de la belleza, venga de donde venga, convertida en la razón de ser de la obra de Emilia Pardo Bazán.

Centrándonos en el contenido de nuestro libro, comenzaremos diciendo que, en general, no se le ha prestado excesiva atención a la narrativa menor de doña Emilia, entendiendo por «menor» no de inferior calidad, sino breve. Aunque no resulta fácil de precisar, quienes han estudiado más a fondo los cuentos de nues-

8 Rodrigo Soriano, «Una conferencia con Emilio Zola», *Revista de España*, CXXXVII (1891), pp. 350-351.

9 Emilia Pardo Bazán, *La dama joven*, Barcelona, Biblioteca “Arte y Letras”, 1885, p. XV.

tra autora, hablan de 580¹⁰ o incluso más de 600¹¹, cifras abiertas a nuevos cómputos, ya que sus relatos cortos aparecieron en infinidad de publicaciones periódicas de varias partes del mundo, lo que hace que el campo de investigación siga abierto. Por otro lado, Pardo Bazán escribió también un buen número de novelas cortas, un género muy presente en la literatura de finales del XIX y principios del XX, que se encauzaba, muy a menudo, a través de publicaciones como *El Cuento Semanal*, que recogía en forma de revista, y con una periodicidad semanal como indica su nombre, novelas cortas escritas por los más destacados autores de la época. *El Cuento Semanal* (que se publicó entre 1907 y 1912) fue pionero de una serie de publicaciones que nacieron después a imitación suya, tales como *La Novela de Hoy* o *La Novela Corta*, por citar solo un par de ellas¹².

Con respecto a los cuentos, empezaremos por decir que la asombrosa producción de la autora la convierte en la primera cultivadora del género en su tiempo, a pesar de que también escribieron muchos cuentos autores como Clarín, Pedro Antonio de Alarcón y otros escritores relevantes de la encrucijada de los dos siglos. No cabe duda de que su entrega constante contribuye a la formación del género, a la vez que este le sirve a la autora como motivo de reflexión literaria y le permite encauzar la mayor parte de sus inquietudes y de sus temas más importantes. En palabras de Ana María Pérez Martín,

los cuentos de Emilia Pardo Bazán pueden contribuir de una manera decisiva a descubrir su verdadera personalidad, sus ideas centrales ante los problemas de su tiempo y su postura a nivel personal. Es en esta faceta de su producción donde se evidencian más claramente sus inquietudes políticas y sociales, su actitud ante el amor, el divorcio, su feminismo inquieto y combativo¹³.

10 Juan Paredes Núñez, *Los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Granada, Universidad de Granada, 1979.

11 Christian Boyer, «El secreto y el crimen en el cuento pardobazaniano: historia de una evolución», *Iberic@l*, 1 (2012), pp. 9-19 [p. 10].

12 Una interesante selección de tres novelas cortas de doña Emilia podemos encontrarla en Emilia Pardo Bazán, *Belcebú y otras novelas cortas*, ed. de Ricardo Virtanen, Sevilla, Renacimiento, 2015.

13 Ana María Pérez Martín, «El feminismo de Emilia Pardo Bazán a través de sus cuentos», en *XI Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres*, coord. por M. Cabrera Espinosa y J. A. López Cordero, Archivo Histórico Diocesano de Jaén, 2019, pp. 599-618 [p. 599].



Doña Emilia trabajando en su despacho (fot. Campúa, *La Esfera*, 21-5-1921).

En cuanto a las fuentes de doña Emilia son a menudo populares o tienen una base en alguna historia real que ha llegado a sus oídos, pero también recibe la influencia de los grandes maestros franceses del relato corto, con Guy de Maupassant a la cabeza, pero sin desdeñar tampoco la huella de Théophile Gautier o Prosper Mérimée, entre otros.

La temática de los cuentos de nuestra autora es muy variada, lo que ha llevado a Juan Paredes Núñez a intentar una clasificación sustentada en la que ella misma hizo, en cierto modo, al agruparlos en libros y publicaciones periódicas. La clasificación de Paredes Núñez contiene, esquemáticamente, los siguientes bloques: cuentos de Galicia (divididos, a su vez, en cuentos rurales y cuentos de Marineda); cuentos religiosos (de Navidad, de Reyes...); cuentos patrióticos y sociales; cuentos psicológicos; cuentos trágicos y dramáticos (de manera especial, los policíacos); cuentos populares, legendarios y fantásticos; cuentos de objetos y seres pequeños.

Nuestra selección recoge una pequeña muestra de esta abrumadora producción, y en ella podemos encontrar ejemplos de varias de las secciones temáticas que acabamos de exponer. Así, «La guija», «So tierra» y «El legajo» están ambientados en Galicia, si bien su contenido es muy diverso; mientras «La guija» trata un tema social, «So tierra» se adentra en lo truculento a través de una enigmática mujer muy devota que parece tener, en cambio, varios amantes, y «El legajo» busca solucionar el enigma de unos huesos humanos enterrados bajo la tapia de un pazo y hallados durante la restauración de esta. Es una historia intrigante, con dos posibles explicaciones, pero marcada por los temas universales del amor, los celos y el crimen. La intriga, uno de los rasgos más llamativos

de los cuentos de Pardo Bazán, nos mantiene inquietos en los dos últimos relatos citados, que tienen, a su vez, algo de policíacos, a su manera.

ya se sabe que los mugarras, a pretexto de remediar sartenes y Calderos, viven de robar. Ellos, y nada más que ellos, eran los autores de la fechoría. Apenas prendió en la idea, apresuróse la Camarona a buscar, en el seno de Lama, el sitio en que había reposado y vivaqueado la tribu errante. No tardó en encontrarla: la huerfa piostosa por los calabellos, las ramas rotas, y las cenizas de la hoguera.



dumbre. Acababa de ver, entre la ceniza, un punto blanco: una cizaña, un pajarraco. Recogiendo aquel indicio, corrió a alborotar el pueblo. ¿Qué duda había ya? Te-masillo llevaba siempre en el bolsillo del pantalón... se trataba de



A la izquierda, ilustración de M. Obiols Delgado para el cuento «La guija» (*Pluma y Lápiz*, 1900). A la derecha, imagen que acompañaba el cuento «La mosca verde» (*Caras y Caretas*, 24-8-1907).

También de ambientación rural es el cuento titulado «El xeste», donde la autora relata la brutalidad de dos rudos trabajadores que apuestan sobre quién comerá más en el banquete que los patronos les ofrecen tras terminar una parte importante de la obra que están llevando a cabo. Con un tono marcadamente naturalista, doña Emilia narra minuciosamente la comilona y los efectos terribles que esta provoca en quienes se han retado de manera tan insensata.

«El palacio frío», «El templo» y «El mandil de cuero» se insertan sin duda entre los relatos legendarios y fantásticos, llevándonos a unos ambientes exóticos o a tiempos imprecisos de un pasado en apariencia remoto. Además, los tres cuentos poseen también en común un contenido simbólico y, en parte, moralizante: de tipo social en «El palacio frío» y en «El mandil de cuero», y más espiritual en «El templo». Este último sitúa su acción en la lejana y enigmática China (lo que refuerza en parte el tono legendario). La solidaridad con los humildes («El palacio frío») y el poder de la razón de los oprimidos («El mandil de cuero») serán las otras propuestas concretas que aquí nos plantea la escritora.

En «La armadura» se reconoce, asimismo, un contenido social y simbólico, según el cual la opresión se convierte en la única forma de vida del protagonista, el duque de Lanzafuerte, que queda encerrado en la armadura que ha utilizado para asistir a un baile de disfraces; pero esta opresión física del personaje se traduce simbólicamente en la de la propia España, anclada en el pasado, en palabras del amigo de Lanzafuerte.

Los conflictos amorosos y la capacidad de decisión de las mujeres están presen-

tes en un buen número de relatos, en los que los celos, el maltrato o la amenaza del hombre marcan la vida de las protagonistas. La autora traza en estos cuentos una imagen femenina que va desde el miedo a la más decidida valentía, a menudo con un punto de vista cercano al feminismo. Dentro de la clasificación que hemos citado, estarían en la línea de los cuentos trágicos, dramáticos o psicológicos. Muy significativo en este último aspecto es «El indulto», donde una mujer vive atemorizada porque ha oído decir que van a indultar a su marido, a quien ella delató como asesino de su madre. La angustia de la protagonista está reflejada de forma magistral y nos muestra que los temores y la imaginación son a veces más fuertes y dañinos que la propia realidad. La absoluta actualidad del tema, en la línea del maltrato a las mujeres, hace de este cuento uno de los más interesantes de nuestra selección.

«El revólver» y «La puñalada» son dos cuentos que se mueven en una línea parecida al anterior, con el maltrato a la mujer como base, motivado, en estos casos, por los celos del hombre y ese instinto viejo de posesión que lleva a algunos a pensar que sus novias, mujeres o compañeras les pertenecen como una propiedad más. Miedo psicológico el de la protagonista de «El revólver», muy en la línea de «El indulto», y final truculento en «La puñalada», y, en ambos casos, de nuevo la maestría de Pardo Bazán en el mantenimiento de la intriga: en su brevedad, estos relatos (y casi todos los que incluimos) tienen una intensidad increíble, que mantiene al lector en constante tensión, a la espera de un final que se intuye dramático, pero que se muestra incierto en el desarrollo de la acción. La figura femenina aparece reforzada también, desde el momento en que las protagonistas, con sus angustias o con su ignorancia (en el caso de «La puñalada»), se nos muestran a todas luces superiores a los hombres patéticos y miserables que las llevan al sufrimiento. Doña Emilia muestra aquí, aunque de forma solapada, un feminismo incipiente (ya presente en la decisión de Claudia, la protagonista de «La puñalada»), que se hará palpable y muy evidente en «El encaje roto», donde el arranque del relato es ya una invitación a la lectura y una promesa de rebeldía femenina que no defraudará al lector. Nos muestra la ruptura y la ridiculización de los convencionalismos sociales (en este caso una boda y su importancia externa y superficial en una sociedad burguesa), unida a la decisión valiente de la protagonista, Micaelita Aránguiz, que prefiere enfrentarse a esa sociedad de las apariencias y evitar así caer bajo el poder de un marido que da muestras de dominio y de intolerancia a los ojos de la novia, antes que someterse a una existencia que se le antoja indeseable y opresora.

«El gemelo» y «El aljófara» son relatos que encajarían bien en el apartado que Paredes Núñez llama de objetos y seres pequeños, además de tener una estruc-

tura muy parecida. En los dos textos, el culpable de un delito va a ser descubierto por la presencia de objetos que aparecen en el momento más oportuno y que delatan a quienes han tenido un comportamiento reprobable, criminal en el caso de «El aljófaro». En «El gemelo», la condesa de Noroña, que estaba a punto de abandonar el luto de su viudez y asistir a una fiesta, descubre un hecho delictivo que la hundirá en la depresión y la soledad, al verse traicionada por la única persona a la que amaba. Frustración y desolación marcan, en este caso, la vida futura de una pobre mujer.

También en este grupo, más concretamente, en este caso, el de los seres pequeños, hemos de incluir «La mosca verde», extraño relato que pretende demostrar la fragilidad de la vida humana ante la fuerza de una minúscula mosca y su picadura terrible. Tal vez, en el fondo, se esté haciendo una crítica de la soberbia del ser humano, que se cree invulnerable ante otros seres a los que se podría considerar insignificantes por su apariencia.

Dentro de la temática policíaca (en la que podríamos incluir también, de manera tangencial, algunos de los cuentos ya comentados), destacan por su grandiosidad y el manejo magistral, una vez más, de la intriga, «El puño» y «La cita». El primero, más trágico y truculento, muestra un quiebro final inesperado, que sorprende incluso a los protagonistas. La brutalidad de unos ladrones, sorprendidos por los dueños de la casa que pretenden asaltar, rompe las expectativas del lector. En «La cita», por su parte, la autora muestra un gran dominio de la técnica del relato, consiguiendo una tensión que, como acabamos de ver en «El puño», solo se resuelve de forma insólita en la secuencia final. La figura del burlador burlado se agiganta en su ridiculez con el retrato de un jactancioso y presumido donjuán que cae en una trampa atroz por su fatuidad y su engreimiento.

Los dos cuentos que nos quedan por glosar se inscriben dentro del género gótico, de procedencia romántica. El mundo de ultratumba, una cripta fría y desolada y sendas mujeres muertas prematuramente son los ingredientes de «Bajo la losa» y «La resucitada», cuyos títulos, en gran medida, sugieren esa ambientación lúgubre, rayana con los relatos de terror de otros grandes escritores, como Maupassant o Edgar Allan Poe. Sin embargo, en los dos cuentos de Pardo Bazán se muestra, tras la capa de lo inquietante, una ironía que supone un quiebro de la acción terrorífica. En «Bajo la losa», todo lo que parece sobrenatural desde las primeras palabras se torna prosaico y casi vulgar cuando avanza la acción, y lo que fueron misterios y apariciones por la noche pasaron a ser el más fiel reflejo de la realidad cotidiana cuando llegó el día. Por su parte, en «La resucitada», cuyo evocador título nos prepara para una auténtica historia de fantasmas, lo

que nos encontraremos, al final, es el desencanto de la protagonista, que, tras volver a la vida, descubre que los suyos no acaban de aceptarla. El amor, la soledad y el desamor son también aspectos temáticos que se mueven en estos relatos, en los que la imaginación del lector vuela libre al hilo de la lectura.

En definitiva, nuestra selección pretende ser una muestra de los temas más importantes de la cuentística de Emilia Pardo Bazán, donde se marcan del mismo modo muchas de sus inquietudes artísticas y humanas.

Estructuralmente, los relatos están contruidos de forma sencilla y tienen casi todos la facultad de captar de inmediato la atención del que lee. La intriga que sugieren las palabras iniciales, unida a la intensidad de la trama que, en su brevedad, casi no da lugar a las divagaciones, mantienen el interés y provocan el deseo de avanzar en la lectura. Algunos se enmarcan en una conversación entre una serie de personajes, en la que uno de estos termina contando el cuento, como una tradición popular que ha oído o como un suceso que le han contado o ha visto él mismo, pero no por ello se pierde ese interés del que venimos hablando; antes se acentúa, ya que las expectativas que genera el narrador le sirven de acicate. Y es que, como en otros muchos aspectos de su obra, doña Emilia se significó por la habilidad compositiva reconocible en sus cuentos. Una destreza que es fruto, a la vez, de la feliz conjunción de sus dotes para la observación, de su capacidad de inventiva y de un conocimiento muy vasto de los maravillosos artificios de la literatura que impregnan el espíritu de los lectores empedernidos. Con estos aportes, y muchos más, ella consiguió satisfacer su deseo de revitalizar la corriente realista española, llegando a crear una fórmula novelística propia, la que reclamaba «todo para el arte», la que trascendía los exclusivismos y se aupaba como espejo de las aspiraciones del alma humana.

ESTA EDICIÓN

Según ya se ha dicho, Emilia Pardo Bazán fue una autora de cuentos sumamente prolífica, de modo que resulta casi inabarcable el conjunto de historias breves que salieron de su pluma. En esta antología se ha procedido a una selección que, además de atender a la calidad de los relatos, permita plasmar la riquísima variedad temática de los mismos, ilustre la familiaridad de la narrativa pardobazániana con las distintas tendencias del género en la transición del XIX al XX, y asegure el entretenimiento y el interés del lector. Los cuentos elegidos están ordenados cronológicamente, de acuerdo con su publicación en la prensa y las revistas literarias de la época. Exceptuando el relato «La armadura», para el resto de historias se reproduce el texto aparecido en la publicación periódica

correspondiente, cotejado en ocasiones muy puntuales con aquel de la versión recogida en los volúmenes de las obras completas en que la propia escritora empezó a reunir su producción cuentística a partir de 1892. Con ello, se reivindica la estrecha vinculación que existió a finales del siglo XIX entre la narrativa breve y la prensa, un medio este último cuya demanda de textos literarios de esa índole favoreció su difusión, a la vez que reportaba ciertos beneficios económicos a los escritores.

A partir de las fuentes transcritas, apenas se han realizado cambios significativos, limitándose la tarea de edición a regularizar la acentuación, según los usos normativos actuales de la RAE, o a resolver algunos pocos casos que podían resultar conflictivos, en cuanto a la puntuación del original. A fin de asegurar la comprensión de los cuentos, con una finalidad aclaratoria más que académica, se incorporan una serie de notas, sobre todo de carácter léxico, que hacen patente otra cualidad destacada de la obra de doña Emilia: la admirable riqueza de su vocabulario que, sin duda alguna, se convirtió en herramienta singular para el mantenimiento y proyección del idioma castellano.

Se completa la edición con un apéndice didáctico, concebido como guía para la reflexión sobre el texto literario, pero también como instrumento para la creación y el debate, al tomar los cuentos como punto de partida para fomentar la educación en valores. Característica principal de las grandes obras literarias es su capacidad para suministrar ideas que contribuyan a la formación ética del lector. Los cuentos de Emilia Pardo Bazán poseen ese potencial y a través de ellos sigue siendo posible establecer un diálogo intertextual entre pasado y presente, en el que desde aquí te invitamos a participar.

ANTOLOGÍA

EL INDULTO¹⁴

De cuantas mujeres enjabonaban ropa en el lavadero público de Marineda¹⁵, ateridas por el frío cruel de una mañana de marzo, Antonia la asistenta era la más encorvada, la más abatida, la que torcía con menos brío, la que refregaba con mayor desaliento; a veces, interrumpiendo su labor, pasábase el dorso de la mano por los enrojecidos párpados, y las gotas de agua y las burbujas de jabón parecían lágrimas sobre su tez marchita.

Las compañeras de trabajo de Antonia la miraban compasivamente, y de tiempo en tiempo, entre la algarabía de las conversaciones y disputas, se cruzaba un breve diálogo, a media voz, entretejido con exclamaciones de asombro, indignación y lástima. Todo el lavadero sabía al dedillo los males de la asistenta, y hallaba en ellos asunto para interminables comentarios: nadie ignoraba que la infeliz, casada con un mozo carnice-ro, residía, años antes, en compañía de su madre y de su marido, en un barrio extramuros, y que la familia vivía con desahogo, gracias al asiduo trabajo de Antonia y a los cuartejos ahorrados por la vieja en su antiguo oficio de revendedora, baratillera y prestamista. Nadie había olvidado tampoco la lúgubre tarde en que la vieja fue asesinada, encontrándose hecha astillas la tapa del arcón donde guardaba sus caudales y ciertos pendientes y brincos¹⁶ de oro; nadie, tampoco, el horror que infundió en el público la nueva de que el ladrón y asesino no era sino el marido de Antonia, según esta misma declaraba, añadiendo que desde mucho atrás roía al criminal la codicia del dinero de su suegra, con el cual deseaba establecer una tabajería¹⁷ suya propia. Sin embargo, el acusado hizo por probar la coartada, valiéndose del testimonio de dos o tres amigotes de taberna, y de tal modo envolvió el asunto, que, en vez de ir al palo¹⁸, salió con veinte años de cadena. No fue tan indulgente la opinión como la ley: además de la declaración de la esposa, había un indicio veheméntísimo: la cuchillada que mató a la vieja, cuchillada certera y limpia, asettata de arriba abajo, como la que los matachines dan a los cerdos, con un cuchillo ancho y afiladísimo, de cortar carne. Para el pueblo, no cabía

¹⁴ *Revista Ibérica de política, literatura, ciencias y artes*, 1 (1-4-1883).

¹⁵ Marineda es el nombre imaginario con que la autora bautizó la ciudad de A Coruña.

¹⁶ *brincos*: joyas pequeñas que colgaban del tocado con que las mujeres se cubrían la cabeza.

¹⁷ *tabajería*: carnicería.

¹⁸ *ir al palo*: ser ajusticiado en la horca o en el garrote vil.

duda en que el culpable debió subir al cadalso. Y el destino de Antonia comenzó a infundir sagrado terror, cuando fue esparciéndose el rumor de que su marido *se la había jurado* para el día en que saliese de presidio, por acusarle. La desdichada quedaba encinta, y el asesino la dejó avisada de que, a su vuelta, se contase entre los difuntos.

Cuando nació el hijo de Antonia, esta no pudo criarlo; tal era su debilidad y demacración y la frecuencia de las congojas que desde el crimen la aquejaban; y como no le permitía el estado de su bolsillo pagar ama, las mujeres del barrio que tenían niños de pecho, dieron de mamar por turno a la criatura, que creció enclenque, resintiéndose de todas las angustias de su madre. Un tanto repuesta ya, Antonia se aplicó con ardor al trabajo, y aunque siempre tenían sus mejillas esa azulada palidez que se observa en los enfermos del corazón, recobró su silenciosa actividad, su aire apacible.

¡Veinte años de cadena! En veinte años (pensaba ella para sus adentros), él se puede morir o me puedo morir yo, y de aquí allá, falta mucho todavía. La hipótesis de la muerte natural no la asustaba; pero la espantaba imaginar solamente que volvía su marido. En vano las cariñosas vecinas la consolaban, indicándole la esperanza remota de que el inicuo parricida se arrepintiese, se enmendase, o, como decían ellas, se volviese de mejor idea: meneaba Antonia la cabeza entonces, murmurando sombríamente:

—¿Eso él?, ¿de mejor idea? Como no baje Dios del cielo en persona y le saque aquel corazón perro y le ponga otro...

Y, al hablar del criminal, un escalofrío corría por el cuerpo de Antonia.

En fin, veinte años tienen muchos días, y el tiempo aplaca la pena más cruel. Algunas veces, figurábasele a Antonia que todo lo ocurrido era un sueño, o que la ancha boca del presidio, que se había tragado al culpable, no lo devolvería jamás; o que aquella ley, que al cabo supo castigar el primer crimen, sabría prevenir el segundo. ¡La ley! Esa entidad moral, de la cual se formaba Antonia un concepto misterioso y confuso, era sin duda fuerza terrible, pero protectora, mano de hierro que la sostendría al borde del abismo. Así es que a sus ilimitados temores se unía una confianza indefinible, fundada sobre todo en el tiempo transcurrido, y en el que aún faltaba para cumplirse la condena.

¡Singular enlace el de los acontecimientos! No creería de seguro el rey, cuando vestido de capitán general y el pecho cargado de condecoraciones, daba la mano ante el ara a una princesa, que aquel acto solemne costaba amarguras sin cuento a una pobre asistenta, en lejana capital de provincia. Así que Antonia supo que había recaído indulto en su esposo, no pronunció palabra, y la vieron las vecinas sentada en el umbral

de la puerta, con las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, mientras el niño, alzando su cara triste de criatura enfermiza, gimoteaba:

—Mi madre... ¡Calienteme la sopa, por Dios, que tengo hambre!

El coro benévolo y cacareador de las vecinas rodeó a Antonia; algunas se dedicaron a arreglar la comida del niño, otras animaban a la madre del mejor modo que sabían. Era bien tonta en afligirse así. ¡Ave María Purísima! ¡No parece sino que aquel hombrón no tenía más que llegar y matarla! Había gobierno, gracias a Dios, y audiencia, y serenos; se podía acudir a los celadores, al alcalde...

—¡Qué alcalde!—decía ella con hosca mirada y apagado acento.

—O al gobernador, o al regente, o al jefe de municipales; había que ir a un abogado, saber lo que dispone la ley...

Una buena moza, casada con un guardia civil, ofreció enviar a su marido para que *le metiese un miedo* al picarón; otra, resuelta y morena, se brindó a quedarse todas las noches a dormir en casa de la asistenta; en suma, tales y tantas fueron las muestras de interés de la vecindad, que Antonia se resolvió a intentar algo, y sin levantar la sesión, acordose consultar a un jurisperito¹⁹, a ver qué recetaba.

Cuando Antonia volvió de la consulta, más pálida que de costumbre, de cada tenducho y de cada cuarto bajo salían mujeres en pelo²⁰ a preguntarle noticias, y se oían exclamaciones de horror. ¡La ley, en vez de protegerla, obligaba a la hija de la víctima a vivir bajo el mismo techo, maritalmente, con el asesino!

—¡Qué leyes, divino Señor de los cielos! ¡Así los bribones que las hacen las aguantarán!—clamaba indignado el coro—. ¿Y no habrá algún remedio, mujer, no habrá algún remedio?

—Dice que nos podemos separar... después de una cosa que le llaman divorcio.

—¿Y qué es divorcio, mujer?

—Un pleito muy largo.

Todas dejaron caer los brazos con desaliento: los pleitos no se acababan nunca, y peor aún si se acababan, porque los perdía siempre el inocente y el pobre.

—Y para eso—añadió la asistenta—tenía yo que probar antes que mi marido me daba mal trato.

¹⁹ *jurisperito*: persona experta en derecho.

²⁰ *mujeres en pelo*: mujeres que llevaban la cabeza descubierta.

¡Aquí de Dios! ¿Pues aquel tigre no le había matado a la madre? ¿Eso no era mal trato, eh? ¿Y no sabían hasta los gatos que la tenía amenazada con matarla también?

—Pero como nadie lo oyó... Dice el abogado que se quieren pruebas claras...

Se armó una especie de motín; había mujeres determinadas a hacer, decían ellas, una exposición al mismísimo rey, pidiendo conraindulto; y, por turno, dormían en casa de la asistenta, para que la pobre mujer pudiese conciliar el sueño. Afortunadamente, el tercer día llegó la noticia de que el indulto era temporal, y al presidiario aún le quedaban algunos años de arrastrar el grillete. La noche que lo supo Antonia fue la primera en que no se enderezó en la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos, pidiendo socorro.

Después de este susto, pasó más de un año y la tranquilidad renació para la asistenta, consagrada a sus humildes quehaceres. Un día, el criado de la casa donde estaba asistiendo, creyó hacer un favor a aquella mujer pálida, que tenía su marido en presidio, participándole cómo la reina iba a parir, y habría indulto, de hijo.

Fregaba la asistenta los pisos, y al oír tales anuncios soltó el estropajo, y descogiendo las sayas que traía arrolladas a la cintura, salió con paso de autómata, muda y fría como una estatua. A los recados que le enviaban de las casas, respondía que estaba enferma, aunque en realidad solo experimentaba un anonadamiento general, un no levantarse los brazos a labor alguna. El día del regio parto contó los cañonazos de la salva, cuyo estampido le resonaba dentro del cerebro, y como hubo quien le advirtió que el vástago real era hembra, comenzó a esperar que un varón habría ocasionado más indultos. Además, ¿por qué le había de coger el indulto a su marido? Ya le habían indultado una vez, y su crimen era horrendo; ¡matar a la indefensa vieja que no le hacía daño alguno, todo por unas cuantas tristes monedas de oro! La terrible escena volvía a presentarse ante sus ojos: ¿merecía indulto la fiera que asestó aquella tremenda cuchillada? Antonia recordaba que la herida tenía los labios blancos, y parecía ver la sangre cuajada al pie del catre.

Se encerró en su casa, y pasaba las horas sentada en una silleta junto al fogón. ¡Bah! si habían de matarla, mejor era dejarse morir.

Solo la voz plañidera del niño la sacaba de su ensimismamiento.

—Mi madre, tengo hambre. Mi madre, ¿qué hay en la puerta? ¿Quién viene?

Por último, una hermosa mañana de sol se encogió de hombros, y tomando un lío de ropa sucia, echó a andar camino del lavadero. A las preguntas afectuosas respondía con lentos monosílabos, y sus ojos se posaban con vago extravío en la espuma del jabón que le saltaba al rostro.

¿Quién trajo al lavadero la inesperada nueva, cuando ya Antonia recogía su ropa lavada y torcida e iba a retirarse? ¿Inventola alguien con fin caritativo, o fue uno de esos rumores misteriosos, de ignoto origen, que en vísperas de acontecimientos grandes para los pueblos o los individuos, palpitan y susurran en el aire? Lo cierto es que la pobre Antonia, al oírlo, se llevó instintivamente la mano al corazón, y se dejó caer hacia atrás sobre las húmedas piedras del lavadero.

—¿Pero de veras murió? —preguntaban las madrugadoras a las recién llegadas.

—Sí, mujer...

—Yo lo oí en el mercado...

—Yo en la tienda...

—¿A ti quién te lo dijo?

—A mí, mi marido.

—¿Y a tu marido?

—El asistente del capitán.

—¿Y al asistente?

—Su amo...

Aquí ya la autoridad pareció suficiente, y nadie quiso averiguar más, sino dar por firme y valedera la noticia. ¡Muerto el criminal, en vísperas de indulto, antes de cumplir el plazo de su castigo! Antonia la asistenta alzó la cabeza, y por vez primera se tiñeron sus mejillas de un sano color, y se abrió la fuente de sus lágrimas. Lloraba de gozo, y nadie de los que la miraban se escandalizó. Ella era la indultada; su alegría justa. Las lágrimas se agolpaban a sus lagrimales, dilatándole el corazón, porque desde el crimen se había *quedado cortada*, es decir, sin llanto. Ahora respiraba anchamente, libre de su pesadilla. Andaba tanto la mano de la Providencia en lo ocurrido, que a la asistenta no le cruzó por la imaginación que podía ser falsa la nueva.

Aquella noche, Antonia se retiró a su casa más tarde que de costumbre, porque fue a buscar a su hijo a la escuela de párvulos, y le com-

pró rosquillas de *jinete*²¹, con otras golosinas que el chico deseaba hacía tiempo, y ambos recorrieron las calles, parándose ante los escaparates, sin ganas de comer, sin pensar más que en beber el aire, en sentir la vida y en volver a tomar posesión de ella.

Tal era el enajenamiento de Antonia, que ni reparó en que la puerta de su cuarto bajo no estaba sino entornada. Sin soltar de la mano al niño, entró en la reducida estancia que le servía de sala, cocina y comedor, y retrocedió atónita viendo encendido el candil. Un bulto negro se levantó de la mesa, y el grito que subía a los labios de la asistenta se ahogó en la garganta.

Era él; Antonia, inmóvil, clavada al suelo, no le veía ya, aunque la siniestra imagen se reflejaba en sus dilatadas pupilas. Su cuerpo yerto sufría una parálisis momentánea; sus manos frías soltaron al niño, que aterrado se le cogió a las faldas. El marido habló:

—¡Mal contabas conmigo ahora!—murmuró con acento ronco, pero tranquilo; y al sonido de aquella voz, donde Antonia creía oír vibrar aún las maldiciones y las amenazas de muerte, la pobre mujer, como desencantada, despertó, exhaló un ¡ay! agudísimo, y cogiendo a su hijo en brazos, echó a correr hacia la puerta. El hombre se interpuso.

—¡Eh... chst! ¿A dónde vamos, patrona?—silabeó con su ironía de presidiario—. ¿A alborotar el barrio a estas horas? ¡Quieto aquí todo el mundo!

Las últimas palabras fueron dichas sin que las acompañase ningún ademán agresivo, pero con un tono que heló la sangre de Antonia. Sin embargo, su primer estupor se convertía en fiebre, la fiebre lúcida del instinto de conservación. Una idea rápida cruzó por su mente; ampararse del niño. ¡Su padre no le conocía, pero al fin era su padre! Levantole en alto y le acercó a la luz.

—¿Ese es el chiquillo?—murmuró el presidiario. Y descolgando el candil, llegolo al rostro del chico. Este guiñaba los ojos, deslumbrado, y ponía las manos delante de la cara como para defenderse de aquel padre desconocido, cuyo nombre oía pronunciar con terror y reprobación universal. Apretábase a su madre, y esta, nerviosamente, le apretaba también, con el rostro más blanco que la cera.

—¡Qué chiquillo feo!—gruñó el padre, colgando de nuevo el candil—. Parece que lo chuparon las brujas.

21 *rosquillas de jinete*: las que están hechas con un tipo de harina que se llama 'jinete' o 'cabezuela', más gruesa que la harina común.

Antonia, sin soltar al niño, se arrimó a la pared, pues desfallecía. La habitación le daba vueltas alrededor, y veía unas lucecitas azules en el aire.

—A ver, ¿no hay nada de comer aquí?—pronunció el marido.

Antonia sentó al niño en un rincón, en el suelo, y mientras la criatura lloraba de miedo, conteniendo los sollozos, la madre comenzó a dar vueltas por el cuarto, y cubrió la mesa con manos temblorosas; sacó pan, una botella de vino, retiró del hogar una cazuela de bacalao, y se esmeraba, sirviendo diligentemente, para aplacar al enemigo con su celo. Sentose el presidiario y empezó a comer con voracidad, menudeando los tragos de vino. Ella permanecía de pie, mirando, fascinada, aquel rostro curtido, afeitado y seco que relucía con ese barniz especial del presidio. Él llenó el vaso una vez más, y la convidó.

—No tengo voluntad...—balbució Antonia; y el vino, al reflejo del candil, se le figuraba un coágulo de sangre.

Él lo despachó encogiéndose de hombros, y se puso en el plato más bacalao, que engulló ávidamente, ayudándose con los dedos y mascando grandes cortezas de pan. Su mujer le miraba hartarse, y una esperanza sutil se introducía en su espíritu. Así que comiese, se marcharía sin matarla; ella, después, cerraría a cal y canto la puerta, y si quería matarla entonces, el vecindario estaba despierto y oiría sus gritos. ¡Solo que, probablemente, le sería imposible a ella gritar! Y carraspeó para afianzar la voz. El marido, apenas se vio saciado de comida, sacó del cinto un cigarro, lo picó con la uña y encendió sosegadamente el pitillo en el candil.

—¡Chst!... ¿A dónde vamos?—gritó, viendo que su mujer hacía un movimiento disimulado hacia la puerta—. Tengamos la fiesta en paz.

—A acostar el pequeño—contestó ella sin saber lo que decía; y refugiose en la habitación contigua, llevando a su hijo en brazos. De seguro que el asesino no entraría allí. ¿Cómo había de tener valor para tanto? Era la habitación en que había cometido el crimen, el cuarto de su madre: pared por medio dormía antes el matrimonio; pero la miseria que siguió a la muerte de la vieja, obligó a Antonia a vender la cama matrimonial y usar la de la difunta. Creyéndose en salvo, empezaba a desnudar al niño, que ahora se atrevía a sollozar más fuerte, apoyado en su seno; pero se abrió la puerta y entró el presidiario.

Antonia le vio echar una mirada oblicua en torno suyo, descalzarse con suma tranquilidad, quitarse la faja, y, por último, acostarse en el lecho de la víctima. La asistenta creía soñar; si su marido abriese una navaja, la asustaría menos quizás que mostrando tan horrible sosiego. Él

se estiraba y revolvió en las sábanas, apurando la colilla y suspirando de gusto, como hombre cansado que encuentra una cama blanda y limpia.

—¿Y tú?—exclamó dirigiéndose a Antonia—. ¿Qué haces ahí quieta como un poste? ¿No te acuestas?

—Yo... no tengo sueño—tartamudeó ella, dando diente con diente.

—¿Qué falta hace tener sueño? ¿Si irás a pasar la noche de centinela?

—Ahí... ahí... no... cabemos... Duerme tú... Yo aquí, de cualquier modo...

Él soltó dos o tres palabras gordas.

—¿Me tienes miedo o asco, o qué rayo es esto? A ver cómo te acuestas, o si no...

Incorporose el marido, y extendiendo las manos, mostró querer saltar de la cama al suelo. Mas ya Antonia, con la docilidad fatalista de la esclava, empezaba a desnudarse. Sus dedos apresurados rompían las cintas, arrancaban violentamente los corchetes²², desgarraban las enaguas. En un rincón del cuarto se oían los ahogados sollozos del niño...

.....

Y el niño fue quien, gritando desesperadamente, llamó al amanecer a las vecinas, que encontraron a Antonia en la cama, extendida, como muerta. El médico vino aprisa, y declaró que vivía, y la sangró²³, y no logró sacarle gota de sangre. Falleció a las veinticuatro horas, de muerte natural, pues no tenía lesión alguna. El niño aseguraba que el hombre que había pasado allí la noche la llamó muchas veces al levantarse, y viendo que no respondía, echó a correr como un loco.

²² *corchetes*: prendedores para abrochar una prenda de ropa.

²³ Desde la más remota antigüedad, se consideraba como un remedio curativo de cualquier dolencia hacer un corte en la vena de la persona enferma para que manara la sangre y se purificara.

EL ENCAJE ROTO²⁴

Convidada a la boda de Micaelita Aránguiz con Bernardo de Meneses, y no habiendo podido asistir, grande fue mi sorpresa cuando supe al día siguiente —la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en casa de la novia— que esta, al pie mismo del altar, al preguntarle el obispo de San Juan de Acre si recibía a Bernardo por esposo, soltó un «no» claro y enérgico; y como reiterada con extrañeza la pregunta, se repitiese la negativa, el novio, después de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, deshaciéndose la reunión y el enlace a la vez.

No son inauditos casos tales, y solemos leerlos en los periódicos; pero ocurren entre gente de clase humilde, de muy modesto estado, en esferas donde las conveniencias sociales no embarazan la manifestación franca y espontánea del sentimiento y de la voluntad.

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita era el medio ambiente en que se desarrolló. Parecíame ver el cuadro, y no podía consolarme de no haberlo contemplado por mis propios ojos. Figurábame el salón atestado, la escogida concurrencia, las señoras vestidas de seda y terciopelo, con collares de pedrería; al brazo la mantilla blanca para tocársela²⁵ en el momento de la ceremonia; los hombres, con resplandecientes placas o luciendo veneras²⁶ de órdenes militares en el delantero del frac; la madre de la novia, ricamente prendida, atareada, solícita, de grupo en grupo, recibiendo felicitaciones; las hermanitas, conmovidas, muy monas, de rosa la mayor, de azul la menor, ostentando los brazaletes de turquesas, regalo del cuñado futuro; el obispo que ha de bendecir la boda, alternando grave y afablemente, sonriendo, dignándose soltar chanzas urbanas o discretos elogios, mientras allá, en el fondo, se adivina el misterio del oratorio revestido de flores, una inundación de rosas blancas, desde el suelo hasta la cupulilla, donde convergen radios de rosas y de lilas como la nieve, sobre rama verde, artísticamente dispuesta, y en el altar, la efigie de la Virgen protectora de la aristocrática mansión, semioculta por una cortina de azahar, el contenido de un departamento lleno de azahar que envió de Valencia el riquísimo propietario Aránguiz,

²⁴ *El Liberal*, 19-9-1897.

²⁵ *la mantilla... para tocársela*: cubrirse la cabeza con la mantilla.

²⁶ *veneras*: insignias.

tío y padrino de la novia, que no vino en persona por viejo y achacoso —detalles que corren de boca en boca, calculándose la magnífica herencia que corresponderá a Micaelita, una esperanza más de ventura para el matrimonio, el cual irá a Valencia a pasar su luna de miel—. En un grupo de hombres me representaba al novio algo nervioso, ligeramente pálido, mordiéndose el bigote sin querer, inclinando la cabeza para contestar a las delicadas bromas y a las frases halagüeñas que le dirigen...

Y, por último, veía aparecer en el marco de la puerta que da a las habitaciones interiores una especie de aparición, la novia, cuyas facciones apenas se divisan bajo la nubecilla del tul, y que pasa haciendo crujir la seda de su traje, mientras en su pelo brilla, como sembrado de rocío, la roca antigua del aderezo nupcial... Y ya la ceremonia se organiza, la pareja avanza conducida con los padrinos, la cándida figura se arrodilla al lado de la esbelta y airosa del novio... Apíñase en primer término la familia, buscando buen sitio para ver amigos y curiosos, y entre el silencio y la respetuosa atención de los circunstantes... el obispo formula una interrogación, a la cual responde un «no» seco como un disparo, rotundo como una bala. Y —siempre con la imaginación— notaba el movimiento del novio, que se revuelve herido; el ímpetu de la madre, que se lanza para proteger y amparar a su hija; la insistencia del obispo, forma de su asombro; el estremecimiento del concurso²⁷; el ansia de la pregunta transmitida en un segundo: «¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿La novia se ha puesto mala? ¿Que dice “no”? Imposible... Pero ¿es seguro? ¡Qué episodio!...»

Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama. Y en el caso de Micaelita, al par que drama, fue logogrifo²⁸. Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa.

Micaelita se limitaba a decir que había cambiado de opinión y que era bien libre y dueña de volverse atrás, aunque fuese al pie del ara, mientras el «sí» no hubiese partido de sus labios. Los íntimos de la casa se devanaban los sesos, emitiendo suposiciones inverosímiles. Lo indudable era que todos vieron, hasta el momento fatal, a los novios satisfechos y amarteladísimos²⁹; y las amiguitas que entraron a admirar a la novia engalanada, minutos antes del escándalo, referían que estaba loca de contento y tan ilusionada y satisfecha, que no se cambiaría por nadie. Datos eran estos para oscurecer más el extraño enigma que por largo

²⁷ *del concurso*: de los asistentes a la ceremonia.

²⁸ *logogrifo*: pasatiempo a modo de acertijo.

²⁹ *amarteladísimos*: muy enamorados.

tiempo dio pábulo³⁰ a la murmuración, irritada con el misterio y dispuesta a explicarlo desfavorablemente.

A los tres años —cuando ya casi nadie iba acordándose del sucedido de las bodas de Micaelita—, me la encontré en un balneario de moda donde su madre tomaba las aguas. No hay cosa que facilite las relaciones como la vida de balneario, y la señorita de Aránguiz se hizo tan íntima mía, que una tarde paseando hacia la iglesia, me reveló su secreto, afirmando que me permite divulgarlo, en la seguridad de que explicación tan sencilla no será creída por nadie.

—Fue la cosa más tonta... De puro tonta no quise decirla; la gente siempre atribuye los sucesos a causas profundas y trascendentales, sin reparar en que a veces nuestro destino lo fijan las niñerías, las «pequeñeces» más pequeñas... Pero son pequeñeces que significan algo, y para ciertas personas significan demasiado. Verá usted lo que pasó: y no concibo que no se enterase nadie, porque el caso ocurrió allí mismo, delante de todos; solo que no se fijaron porque fue, realmente, un decir Jesús³¹.

Ya sabe usted que mi boda con Bernardo de Meneses parecía reunir todas las condiciones y garantías de felicidad. Además, confieso que mi novio me gustaba mucho, más que ningún hombre de los que conocía y conozco; creo que estaba enamorada de él. Lo único que sentía era no poder estudiar su carácter; algunas personas le juzgaban violento; pero yo le veía siempre cortés, deferente, blando como un guante. Y recelaba que adoptase apariencias destinadas a engañarme y a encubrir una fiera y avinagrada condición. Maldecía yo mil veces la sujeción de la mujer soltera, para la cual es imposible seguir los pasos a su novio, ahondar en la realidad y obtener informes leales, sinceros hasta la crudeza —los únicos que me tranquilizarían—. Intenté someter a varias pruebas a Bernardo, y salió bien de ellas; su conducta fue tan correcta, que llegué a creer que podía fiarle sin temor alguno mi porvenir y mi dicha.

Llegó el día de la boda. A pesar de la natural emoción, al vestirme el traje blanco reparé una vez más en el soberbio volante de encaje que lo adornaba, y era el regalo de mi novio. Había pertenecido a su familia aquel viejo Alençon³² auténtico, de una tercia de ancho —una maravilla—, de un dibujo exquisito, perfectamente conservado, digno del escaparate de un museo. Bernardo me lo había regalado encareciendo su valor, lo

³⁰ *dio pábulo*: dio pie a.

³¹ *un decir Jesús*: locución adverbial usada para indicar que algo ‘ocurrió rápidamente’.

³² En la ciudad francesa de Alençon se originó, en el siglo XVI, un famoso encaje de aguja que durante un tiempo fue muy utilizado por la aristocracia de aquel país.

cual llegó a impacientarme, pues por mucho que el encaje valiese, mi futuro debía suponer que era poco para mí.

En aquel momento solemne, al verlo realizado por el denso raso del vestido, me pareció que la delicadísima labor significaba una promesa de ventura y que su tejido, tan frágil y a la vez tan resistente³³, prendía en sutiles mallas dos corazones. Este sueño me fascinaba cuando eché a andar hacia el salón, en cuya puerta me esperaba mi novio. Al precipitarme para saludarle llena de alegría por última vez, antes de pertenecerle en alma y cuerpo, el encaje se enganchó en un hierro de la puerta, con tan mala suerte, que al quererme soltar oí el ruido peculiar del desgarrón y pude ver que un jirón del magnífico adorno colgaba sobre la falda. Solo que también vi otra cosa: la cara de Bernardo, contraída y desfigurada por el enojo más vivo; sus pupilas chispeantes, su boca entreabierta ya para proferir la reconvención y la injuria... No llegó a tanto porque se encontró rodeado de gente; pero en aquel instante fugaz se alzó un telón y detrás apareció desnuda un alma.

Debí de inmutarme; por fortuna, el tul de mi velo me cubría el rostro. En mi interior algo crujía y se despedazaba, y el júbilo con que atravesé el umbral del salón se cambió en horror profundo. Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza y menosprecio que acababa de sorprender en su rostro; esta convicción se apoderó de mí, y con ella vino otra: la de que no podía, la de que no quería entregarme a tal hombre, ni entonces, ni jamás... Y, sin embargo, fui acercándome al altar, me arrodillé, escuché las exhortaciones del obispo... Pero cuando me preguntaron, la verdad me saltó a los labios, impetuosa, terrible... Aquel «no» brotaba sin proponérmelo; me lo decía a mí propia... ¡para que lo oyesen todos!

—¿Y por qué no declaró usted el verdadero motivo, cuando tantos comentarios se hicieron?

—Lo repito: por su misma sencillez... No se hubiesen convencido jamás. Lo natural y vulgar es lo que no se admite. Preferí dejar creer que había razones de esas que llaman serias...

33 Los relieves de este encaje estaban bordados sobre crines de caballo, por lo que el tejido ganaba en consistencia.

EL PALACIO FRÍO³⁴

¿Os acordáis de aquella princesa enferma, hija del rey de Magna, a quien curó como por ensalmo³⁵ un viejo mostrándole cierto panorama muy lindo? Pues habéis de saber que a la vuelta de muchos años el cetro de Magna vino a recaer en un hijo de esta princesa, y este hijo, bajo el nombre de Basilio XXVII, reinó gloriosamente por espacio de más de un cuarto de siglo, persistiendo la huella de su paso por el trono en varios monumentos grandiosos y venerables, que estudian hoy los arqueólogos con particular interés, discutiendo si el estilo peculiar de tales construcciones es invención que exclusivamente pertenezca al vigésimo séptimo Basilio o procede ya de la influencia de su madre y quizá se remonta hasta la de su abuelo. Punto es este acerca del cual se han escrito doce voluminosos libros y cosa de setenta monografías asaz doctas³⁶.

Lo que especialmente hizo darse de calabazas a los sabios fueron ciertas imponentes ruinas que la tradición popular llama del «Palacio frío», sin que hasta hace poco tiempo se consiguiese averiguar el origen de tal nombre, que contrasta con el aspecto de lo que del edificio resta en pie.

En efecto; el palacio, del cual se conservan galerías, salones y estancias que decoran restos de ricas maderas y preciosos mármoles y jaspes, parece haber sido erigido por la madre de Basilio XXVII para asilo de un feliz amor conyugal; y su traza, su adorno, su carácter, en fin, son marcadamente amables y alegres, con la alegría de una dicha soberana, ostentosa y triunfante.

El emplazamiento, su orientación al Mediodía, su situación en el punto más despejado y dominando la perspectiva más risueña, sobre la bahía y entre bosquecillos de naranjos, limoneros y granados siempre en flor, tampoco permitían inducir por qué hubo de ser llamado «frío», nombre que parece delatar solemnidad y tristeza.

El enigma de semejante tradición llegó a preocupar al doctor Herr Julius Tiefenlehrer, sabihondo catedrático alemán, que se propuso descifrarlo a toda costa. Con la cachaza del que no regatea tiempo³⁷, se

³⁴ *Blanco y Negro*, 24-9-1898.

³⁵ *por ensalmo*: por hechizo.

³⁶ *asaz doctas*: muy cultas o eruditas.

³⁷ Esto es, 'sin tener excesiva prisa'.

instaló en las mismas ruinas, y araña de aquí, escarba de allí, rebusca por allá y escudriña por acullá, consiguió desenterrar, al pie de una columna, en la cripta, bajo lo que fue salón del trono, un cofrecillo de hierro que contenía un rollo de manuscritos.

A pique estuvo el doctor Tiefenlehrer de volverse loco de júbilo con el inestimable descubrimiento; como que los manuscritos eran nada menos que unas instrucciones muy prolijas, de puño y letra del mismo Basilio XXVII, y destinadas a sus herederos y sucesores, para adoctrinarlos en la recta gobernación del Estado y en la conducta que debe seguir un monarca. Pero lo que sobre todo arrebató a Herr Julius al quinto cielo³⁸, fue que, por vía de ejemplo, Basilio refería allí con pormenores la historia del Palacio frío. Y nosotros, al traducirla del enorme volumen en lengua alemana en que el sabihondo la publicó, enriqueciéndola con toda especie de documentos, glosas, advertencias, referencias, notas, comentarios, planos y estudios comparativos con otras tradiciones de Magna y de los demás pueblos del mundo, la extractamos rápidamente y solo damos en forma escueta el relato del extraño suceso por el cual se llamó «frío» el palacio de Basilio XXVII.

Es el caso que cuando el joven Basilio heredó la corona, hallose en un estado de ánimo parecido al fervor de los que ingresan en una orden religiosa, y se dio a pensar cómo debía conducirse a fin de cumplir sus deberes y desempeñar a perfección la alta y ardua tarea que le señalaba el destino. Penetrado de la grandeza y hasta de la santidad de su cargo, pidió a Dios luz y fuerza para que su nombre pasase a la historia con la aureola y el prestigio de los reyes que saben ejercer el poder sumo en provecho y honor de la patria. Sin embargo, tan excelentes intenciones se estrellaban contra una dificultad: el rey quería el bien, pero no sabía dónde estaba, ni en qué consistía, ni cómo era preciso arreglárselas para descubrirlo.

Así las cosas, y mientras Basilio cavilaba en el modo de acertar, empezó a darse cuenta de un sorprendente fenómeno; y es que dentro de su palacio —aquel deleitoso palacio construido por una reina enamorada para albergue de la dicha, y enclavado en un oasis, en lo mejor de un país de clima naturalmente benigno— hacía frío, mucho frío, un frío cruel. La sensación de este frío, al principio sutil y casi imperceptible, iba siendo a cada paso más fuerte y penetrante. Nadie dudará que el rey aplicó

38 Figuradamente, el doctor Tiefenlehrer tuvo como una revelación. En Corintios 12: 2, 3, se dice: «Conozco a un hombre en unión con Cristo que hace 14 años —no sé si en el cuerpo o fuera de él; eso lo sabe Dios— fue arrebatado al tercer cielo».

al punto los remedios que suelen emplearse contra el descenso de la temperatura; y el primero fue abrigarse, envolverse en ropas de invierno. Desde la hopalanda de enguatada³⁹ seda hasta el manto de finas pieles de rata polar, colchón vivo que crea una atmósfera suave y tibia en torno del cuerpo; desde el casacón de terciopelo de media pulgada de alto hasta la funda de raso rehenchida de plumón de pato silvestre; desde la vedijosa zalea⁴⁰ de cordero blanco hasta la gruesa manta lanuda, Basilio usó cuanto juzgó a propósito para entrar en calor, sin que se desvaneciese aquel frío singular, siempre más intenso. Desesperando ya del abrigo suyo, se dio prisa a calentar el palacio.

De entonces procede la construcción de las suntuosas y amplias chimeneas que por todas partes lo decoran, y en las cuales noche y día se quemaba un monte entero de leña seca, levantando mil lenguas y jirones de llama. No se conocía en aquel tiempo otro sistema de calefacción; pero sobraba para disipar cualquier frío natural y explicable en lo humano. No obstante, el frío continuó, arreció, redobló, invadiendo ya la médula del rey, que daba diente con diente a todas horas.

Cuando Basilio XXVII preguntaba a sus ministros y magnates y a los mil agradadores que bullen alrededor de los poderosos si sentían como él aquel extraño frío, le desesperaba oírles responder vagamente que sí, y al mismo tiempo verlos andar a cuerpo y abanicarse, mientras él se encogía castañeteando los dientes. Notaron los áulicos⁴¹ la contrariedad del soberano, quisieron llevarle la corriente y fue muy gracioso verlos fingir que también se helaban, vestidos de riguroso invierno y sudando como pollos. Y el joven rey, que tenía un espíritu sincero y leal, se indignó ante la comedia y miró a sus cortesanos con desprecio profundo al observar que en cosa tan evidente y palmaria le mentían y engañaban sin temor. Acometido de tristes recelos, pidiendo la verdad a la ciencia, Basilio llamó a un médico y le preguntó si el terrible frío que solo él padecía sería debido a mortal enfermedad. Reflexionó el sabio, y después quiso saber si el rey notaba el mismo frío en todas partes. Abriendo una ventana, suplicó a Basilio que se asomase; y cuando este pensó tiritar y morir helado, observó que, por el contrario, el aire exterior le calentaba y reanimaba mucho.

—La solución de este problema no depende de la medicina —declaró el doctor—. Vuestra majestad no está enfermo. No me consulte a mí,

³⁹ *hopalanda de enguatada*: vestidura amplia acolchada.

⁴⁰ *vedijosa zalea*: tejido de cuero recubierto de lana.

⁴¹ *áulicos*: cortesanos.

sino a su conciencia y a Dios, y pues aquí tiene frío y ahí no, salga a todas horas; viva fuera de este palacio fatal.

Y Basilio salió, en efecto, huyendo de la espléndida morada en que se congelaba su sangre y los mármoles parecían témpanos, y los dorados, irisaciones del sol en las paredes de alguna nevera. Echose a todas horas a la calle, gozando con delicia la suave temperatura, y poco a poco fue tomando interés en lo que le rodeaba, y estudiando y conociendo lo que preocupaba y convenía a sus vasallos.

Vio con extrañeza que el mundo no era como sus cortesanos lo pintaban, y le pareció que se le barrían de los ojos unas telarañas y que el cerebro se le despejaba y se le despabilaba el sentido. Mil cuestiones que no comprendía se le aparecieron claras, transparentes; conoció las necesidades, oyó las quejas, se asimiló las aspiraciones, hizo suyos los deseos y afanes del pueblo, y de tal modo se identificó a la vida de sus súbditos, que su corazón llegó a latir enteramente al unísono del gran corazón de la patria, como si a los dos los regase la misma sangre y los dilatasen y contrajesen iguales alegrías y tristezas.

Basilio estaba transportado. Lo único que todavía le contrariaba era que, al retirarse a palacio, le acometía el frío otra vez. Y, en un momento de inspiración, se le ocurrió que, pues fuera hacía calor, quizá el palacio se templaría abriendo de par en par las puertas y las ventanas para que lo llenase el ambiente exterior, las ráfagas de la calle y hasta la gente de la calle, la gente humilde. Dio, pues, la orden y fueron franqueadas a los súbditos las puertas del regio alcázar. Y a medida que el pueblo, respetuoso y lleno de amor por su buen monarca, recorría las estancias magníficas, verificábase el portentoso: derretíase el hielo, el aire se hacía blando, templado; las avechillas de las pajareras cantaban, los tiestos florecían, reía el dulce hálito de la primavera.

Resuelto estaba el enigma. Basilio XXVII no volvió a tener frío en su palacio.

Emilia Pardo Bazán fue una de las figuras más importantes de las letras españolas a finales del XIX y principios del XX. Destacó como novelista, pero, sobre todo, como autora de centenares de cuentos en los que dejó patentes sus dotes para la observación y su capacidad imaginativa. Mujer de personalidad arrolladora y pluma fecunda, doña Emilia cultivó con maestría el género del cuento, mostrando una curiosidad inaudita por los más diversos asuntos, así como también por las tendencias narrativas en boga en su época. Cien años después de la muerte de la escritora, sus relatos siguen siendo considerados auténticas joyas literarias que le permiten al lector reencontrarse, en clave realista-naturalista, con la Galicia de antaño o adentrarse en los territorios de lo fantástico y de la leyenda. Las historias reunidas en estos **Cuentos selectos** son testimonio de ese universo plural donde la intriga se transforma en experiencia artística, los argumentos conmueven por su dramatismo o invitan a la reflexión sobre las pasiones humanas y sobre cuestiones que no han perdido su actualidad. Todo ello contado con la genialidad estilística que distinguió a la escritora.



ISBN: 978-84-8025-513-4



9 788480 255134